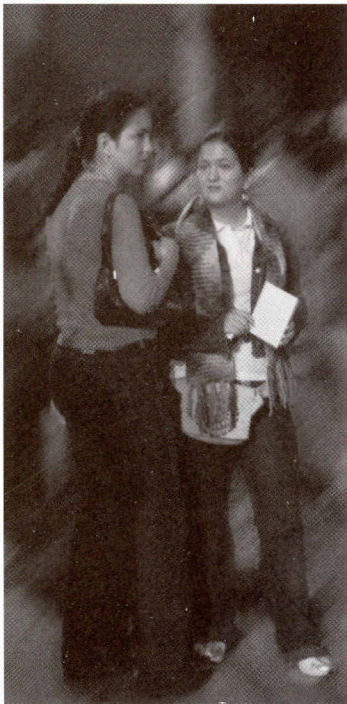


LA TEMPORALIDAD DE LA JUVENTUD

Martha Lucía López A. Mag. Comunicación Educativa, Docente Humanidades Fundación Universitaria del Área Andina.

En la era actual, era de la globalización, la juventud puede ser considerada como un posicionamiento cronológico, una experiencia temporal vivida poco profunda, en la que el mero hecho de ser joven opera una expropiación simbólica; las generaciones construyen signos y símbolos que enmarcan esta corta historia vivenciada por todos y cada uno de los habitantes del conglomerado social.



De esta forma, el desarrollo de la industria cultural promueve permanentemente adscripciones identitarias, siendo el lenguaje juvenil, la moda, el arte, las apariencias estéticas entre otros, los que se postulan como actores en la creación de arquetipos propios para cada década. Estos irrumpen de manera agresiva ante lo social, promulgando abiertamente la ruptura de las reglas a seguir. No hay estereotipos que tomar; es la cultura de la violencia de la imposición y con ella, no hay concertaciones, pues se creen dueños de todo y de la nada. Hay una rebeldía que emerge como fuerza gravitacional de una cultura emergente.

La condición juvenil es una construcción propia del imaginario social dominante. Ser joven, para nadie es un secreto, es definida por la clase alta y media de manera permanente; estos se incorporan estableciendo límites de adscripción diferenciándose entre sus opciones y la de los adultos. Sus representaciones aluden al olvido, nada de lo ya vivido puede tener cabida en el contexto actual, haciéndose presente una ponderación y minimización de la condición de ser joven. No hay nada estático, todo fluye, las relaciones con los pares son fugaces; muchos de estos jóvenes muestran un desencanto por estos estilos de vida desechables, como lo expresó Toffler: "So

mos la sociedad del tírese después de usado" (1992: 140)¹. Hoy, los amigos, el look, la moda, el lenguaje, el amor son desechables. Nada importa, la tendencia de transitoriedad se hace presente en las relaciones con los objetos. Las construcciones anteriores fueron hechas pensando en familias numerosas; hoy se plantean familias que no excedan a dos hijos, para habitar casas pequeñas y prefabricadas. El hombre construía cosas para que duraran mucho tiempo, los objetos con los que el hombre de la postmodernidad comparte son cada vez más mutables, resultado de una nueva fluidez y movilidad transitoria de las relaciones hombre-cosa; sus bolígrafos, cuadernos e instrumentos de estudio tienen formas modulares, ya no es el tiempo de la perdurabilidad, sino todo lo contrario, hoy los apartamentos en los que habitan los jóvenes del nuevo milenio son transformados rápidamente utilizando un destornillador y cambiando internamente sus estructuras en razón de las nuevas tendencias que se avizoran en esta rápida fluidez del contexto cultural.

En lo que atañe a nuestro país, los jóvenes desde la segunda mitad del siglo XX han sido protagonistas de múltiples cambios culturales; hoy ya conocidos como tribus comparten no sólo sus modas, sino también su música como esencia de representaciones e imaginarios propios de cada grupo al que se confluye. En el mundo hay: Skinheads, electrónicos, glam hip-hop, góticos poperos, geeks, rastaferis, entre otros. Estos últimos toman como objeto de inspiración a la población desplazada, a la opresión, a una Colombia desesperanzada que se va ahogando en el turbio movimiento de la industria cultural, porque tienen claridad que son la población emergente la que sigue siendo objeto de privaciones y que sólo a través de "su cultura" han logrado reivindicaciones significativas, pues están en permanente construcción de sentidos colectivos, llevándolos incluso a la construcción de espacios identitarios.

Néstor García Canclini define la Cultura "como el ámbito de producción, circulación y consumo de significaciones"². Con esta afirmación se vuelve reiterativa la promulgación permanente de identidades móviles, efímeras, cambiantes, capaces de generar respuestas permanentes en esta era de mundialización de la cultura. Así pues, los jóvenes pertenecientes a diferentes clases sociales poseen conciencia planetaria, todo lo que acontece a nivel mundial los toca, las redes inalámbricas del mundo de la tecnología los mantienen conectados, haciéndose una masa compleja pero compacta; no hay enajenación frente a casos particulares y son estos lo que en última instancia construyen puntos de referencia e interacción y consumo.

1 TOFFLER, Alvin. El shock del futuro. Editorial Plaza y Janes

2 GARCÍA CANCLINI, Néstor. Consumidores y ciudadanos.



La juventud prioriza espacios que los convierte en propiedad, no hay parques, calles, casas, bares, esquinas que no les pertenezca. Hacen uso de lo público constituyéndolos en espacios privados a los que no pueden acceder todos los que no están invitados. Estos jóvenes del nuevo milenio priorizan los espacios convirtiéndolos en trincheras de sentidos; así, una afterparty no es un lugar cualquiera, goza del placer y el deleite de sus sensibilidades, el arte, la poesía y su música e incluso la droga son muchos de los asuntos que involucran estas prácticas de encuentro.

La perspectiva de pensamiento del grupo de pares, se constituye en una mediación, la relación que hay con cada individuo atañe a los otros en momentos de alegría, pérdida e incluso soledad; estos confluyen como grupo, haciendo cada vez más fuerte los lazos de apoyo, pues nada de lo que se posee pertenece como bien propio sino que pasa a ser parte del grupo que interactúa de forma permanente en la construcción de sentidos. El ocio es quizás un proceso inexorable en la búsqueda de nuevos amigos; así es como la red inalámbrica pasa a tener múltiples sentidos en la construcción permanente de redes de juventud para hablar sin límites de tiempo y espacio: están conectados en banda ancha y eso, en últimas, es lo que importa.

Los jóvenes del nuevo milenio no guardan amplio sentido de pertenencia por el territorio donde se habita. El barrio deja de ser el epicentro del mundo, sus raíces se extienden como sensibilidades puestas en la tribu; la música se vuelve el espacio de encuentro conformando bandas que pueden ser femeninas, masculinas e incluso mixtas, donde cada una de estas agrupaciones pasan a ser símbolo de un "consumo cultural".



Los consumos culturales no son otra cosa diferente a la relación con los productos culturales. El arte, el cine, la literatura y la música se constituyen en el eje inspirador de las sensibilidades de la cultura juvenil. El cabello pasa a ser instrumento de adscripción puede ir pintado, con cola, largo, corto, de colores fuertes, o simplemente parado o rapado como señal de distinción, perteneciente a un grupo determinado. Lo mismo ocurre con los labios, las cejas, la lengua a la cual cada grupo le promueve actitudes de vida.

Este consumo cultural ha permitido revisar de cerca los territorios juveniles, incluso por gente joven que desea dimensionar los campos de acción y transformaciones de estos movimientos culturales emergentes en cada década de la historia humana y que a su vez arremeten de manera irreverente ante las normas propuestas.

No buscan criticar sus formas de representación, sólo acuden a comprender y dimensionar los estilos y las dinámicas particulares de asumir y comprender el mundo que habitan, de acuerdo a su inventario cultural, social, religioso, moral y a sus intereses de grupo.

Así, proponer un análisis de las representaciones de la cultura juvenil se constituye en la posibilidad de adentrarnos en sensibilidades que cada vez están en un territorio mayor de emergencia, ya que las factibilidades de representación se hacen de mayor. Es importante involucrar a estos grupos en la construcción de colectivos, dinámicos, sensibles y móviles en la proyección de la juventud de la postmodernidad, donde partiendo de sus raíces socio familiares y avizorando sus falencias, logren establecer el inventario tangible necesario para enriquecer su yo individual, volcando hacia el colectivo para cimentar bases que generen cambios positivos en sus familias, en su entorno social cargado de nuevas expectativas culturales, sociales; creadoras de vínculos que rompan el deterioro habitual y creen o produzcan acciones que reivindiquen sus existencias.

En conclusión, la condición de "ser joven" se encuentra en medio de una transición entre las etapas de niñez y el ser adulto, constructor de futuro para su generación y las que le siguen. Esto origina un rompimiento con el mundo de la seguridad que ofrecen las familias en las primeras etapas de la vida, a la vez que enfrenta a las personas con una serie de desafíos para los cuales no están preparados. Esta situación se presenta, en buena medida, porque la sociedad en su conjunto, el Estado y las instituciones de diverso orden, no se encargan de articular estrategias y de fomentar espacios coherentes con las necesidades sociales que requieren una realidad abruptamente cambiante, de acuerdo con los postulados de la postmodernidad. Así las cosas, los jóvenes acometen su "futuro" sin claridad, apropiando espacios y expresiones culturales que si no son capaces de encauzar hacia el proyecto de vida que garantice un proceso de crecimiento personal; es él mismo que fije las bases para edificar y desarrollar una nueva generación en condiciones favorables.

Los encargados de crear las condiciones, las estrategias y los espacios deben ser la académica, el Estado y los entes económicos quienes progresivamente vayan formando a la sociedad desde su base familiar y encargándola de dichas responsabilidades de una forma consciente que mediatice una transformación profunda en los jóvenes constructores futuros de nuevos dinamismos edificantes.



Fotografía / Imagen: Semillero de investigación Iconos & Bastones - Juan Manuel Mesa P.